

# El mundo Occidental y el liberalismo como filosofía de expansión

## I

En estos días, hace cien años, se estaban reuniendo los miembros del Congreso Extraordinario Constituyente que dió origen a la Constitución de 1857. En esta reunión dieron sus frutos las ideas e ideología que se habían venido debatiendo en México casi al entrar nuestro país en su etapa de independencia política por lo que respecta a la Metrópoli Española. Ideas e ideología que tenían su origen en una filosofía que hasta entonces había sido prácticamente extraña a nuestra realidad; la cual, había sido formada dentro de una filosofía cuya expresión ideológica venía a ser como las antípodas de esa filosofía, llamada en su conjunto, Liberalismo. Filosofía que es algo más que una doctrina definible: un modo de sentir y vivir la vida, una concepción del mundo. Del liberalismo en general ha dicho Harold J. Laski que es tanto una doctrina como un modo de ver. "No es fácil describirlo —dice—, y menos definirlo, pues apenas si es menos un hábito mental que un cuerpo doctrinario". Pues bien, es este hábito mental, este modo de ver el mundo, el que se encontraba en las antípodas de la realidad mexicana al iniciarse su etapa de independencia política.

Los mexicanos, como los hispanoamericanos en general, habían sido formados en otras doctrinas, dentro de otros hábitos y modos de ver el mundo. Esos hábitos, doctrinas y modos de ver el mundo que, precisamente en Europa, habían tenido que retroceder ante las nuevas doctrinas, hábitos y modos de ver modernos que dieron origen a ese mundo que ahora llamamos Occidental. Los mexicanos, tal y como veremos con mayor detalle más adelante, despertaron a la vida inde-

pendiente dentro de un mundo que marchaba por caminos que eran los opuestos de aquellos en los cuales habían sido enseñados a marchar. Al organizarse y tratar de constituirse en pueblo o nación independiente, se dieron cuenta de que tenían que hacer violencia sobre sí mismos para adaptarse al ritmo que seguía el mundo moderno, para no quedar atrás de él, para no quedar, como lo mostraban ya signos inequívocos, en calidad de simple campo de expansión de ese mundo que llegaba a su apogeo en el siglo XIX.

*Por ello se trató de completar la tarea de los llamados emancipadores políticos con otra forma de emancipación: la emancipación mental. Emancipación mental*, será este el nombre con que se inicia la labor de nuestros llamados liberales, de los liberales mexicanos. No bastaba la independencia política, era menester completar ésta con una emancipación mental. Esto es, era menester cambiar los hábitos y costumbres de los mexicanos, sus doctrinas sociales y políticas, su modo de ver el mundo. Por ello nuestro liberalismo tomó desde sus inicios caracteres pedagógicos, educativos. El libro y la escuela tenían que completar la obra de lo que habían logrado la espada y la guerra. Pero un libro y una escuela que continuamente tenían que recurrir a la ayuda de la espada y la guerra para no ser aniquilados por los viejos hábitos y costumbres, las viejas doctrinas y modos de ver impuestos a los mexicanos a través de tres siglos de dominio colonial de España. Por ello también nuestros liberales actuaron con el libro en una mano y la espada en la otra, creando escuelas y haciendo la guerra. Fueron a la vez pedagogos y guerreros, hombres de letras y políticos de acción ejecutiva.

¿Su ideal? ¿Su meta? Hacer de México una nación moderna. Esto es, una nación semejante a las que habían surgido en el Mundo Moderno. Una nación como la Inglaterra de los parlamentos y la revolución industrial; una nación como la Francia de la Revolución que reclamaba para todos los hombres la libertad, la igualdad y la fraternidad; o una nación como la vecina llamada de los Estados Unidos de Norte América que había hecho posible en América la primera República Liberal. Una nación en fin, en la que se combinase la libertad de los individuos con la felicidad material de toda la sociedad que la compusiese. Nuestros liberales aspiraban a establecer en México las instituciones que habían hecho posible el crecimiento de esas nacionalidades modernas, y los instrumentos materiales que habían afianzado ese crecimiento. Con libros y escuelas iban a formar los hombres aptos para las instituciones liberales y para el trabajo que somete a la naturaleza y la hace servir al hombre. La espada y la guerra no

serían otra cosa que instrumentos de transición, necesarios para derrostrar a los seguidores de las viejas doctrinas, a los que no podían desprenderse de los hábitos y costumbres que les había impuesto la Colonia. Su ideal fué incorporar a México en lo que las grandes naciones modernas llamaban la ruta del progreso, luchando con todas sus energías contra los agentes de los que aspiraban a mantener los hábitos y costumbres impuestos por la Colonia; contra los que aspiraban a que México siguiese siendo una Colonia aunque no dependiese ya políticamente de España. En otras palabras, luchando contra las fuerzas del retroceso.

## II

*¿Y el mundo Occidental?* ¿Cuál era la actitud de estas naciones modernas que servían a México y a Hispanoamérica de modelo? ¿Cómo podían ver el afán de pueblos como el nuestro por incorporarse a la llamada ruta del progreso? Para entender los puntos de vista de este mundo sobre pueblos como el nuestro, será menester, previamente, tratar de entender, comprender, su espíritu: esos hábitos mentales, puntos de vista y concepción del mundo que hicieron del Mundo Occidental lo que era y aún es en nuestros días. Este Mundo se presentó entre nuestros pueblos como el abanderado de dos de las más grandes conquistas de la historia de la humanidad: la libertad y el *confort* material. El Mundo Moderno, el llamado Mundo Occidental, mostró al mundo en general lo que se puede hacer en un mundo de hombres libres y la felicidad que se puede alcanzar en este mismo mundo si se sabe cómo dominar a la naturaleza. Con la una y con la otra los hombres podían alcanzar los mayores dones a que puede aspirar el hombre en este mundo: la meta parecía ser un mundo de hombres libres y ricos. La libertad y la riqueza material eran los dones que ofrecía el Mundo Moderno al resto del Mundo. Todos los hombres podían ser libres y, por ende, iguales: la libertad y la riqueza estaban al alcance de todos los individuos, de todos los pueblos. Las naciones modernas eran un ejemplo de esa libertad y riqueza.

Eran las mismas naciones que habían venido recriminando a España por la expoliación que realizaba sobre sus colonias; las mismas naciones que habían condenado y condenaban a la "España Negra" que había traído a sus colonias el despotismo político y la superstición religiosa. Eran las mismas naciones que en nombre de la libertad daban a los libertadores hispanoamericanos toda clase de ayuda material, incluyendo almirantes, oficiales y consejeros militares para su pronta emancipación de la Metrópoli Española. Eran las mismas naciones

que ayer, en nombre de la libertad de los mares habían vengado a los sufridos indígenas, que habían muerto en las minas de oro y plata, hundiendo los barcos que conducían estas riquezas para quedarse con ellas y ensanchar así el camino que conduce a los pueblos hacia el progreso. Sin embargo, cosa sorprendente para los mexicanos e hispanoamericanos, una vez alcanzada la emancipación política frente a España, los mismos pueblos, las mismas naciones que les habían servido de estímulo, les hacían reclamos que resultaban sorprendentes. La ayuda prestada tenía un precio que había de pagarse en concesiones sobre las riquezas naturales de las nuevas naciones independizadas. Exigencias que si bien sorprendían a los neófitos de las nuevas ideas en hispanoamérica, tenían su justificación moral dentro de los puntos de vista de los representantes del Mundo Moderno.

En efecto, en este Mundo Moderno, los individuos, como las naciones, son el producto de su propio esfuerzo. Los hombres y naciones se hacen a sí mismos; son el producto palpable de su propia libertad. Todos los hombres y naciones son iguales; no hay nada en el pasado que pueda establecer la desigualdad. La desigualdad se hace patente en el futuro, en la marcha hacia el progreso. Es en esta marcha donde los individuos y las naciones muestran sus capacidades e incapacidades. Hay naciones, como individuos, aptos para alcanzar el progreso con lo que el mismo significa de libertad y bienestar material; pero hay también naciones e individuos que muestran, por el contrario, su incapacidad para alcanzar estos bienes. La desigualdad es así un producto de la capacidad o incapacidad de los individuos y naciones para el logro de los bienes que pueden hacer su felicidad. Poco, o ningún aprecio siente el moderno por los individuos o pueblos que no han podido alcanzar, por sí mismos, la libertad y no son capaces de dominar su naturaleza para explotarla y aprovechar sus frutos. No comprenden, ni intentan comprender, las razones por las cuales otros individuos o pueblos tropiezan con dificultades en su adaptación al nuevo mundo. Para el moderno esas dificultades no son sino señales de incapacidad. Incapacidad que elimina de hecho a esos pueblos e individuos y justifica la actitud que frente a ellos tomen pueblos o individuos que han mostrado su capacidad para entrar en el camino del progreso.

La riqueza de las naciones y el bienestar de los individuos depende así de la capacidad de estos para el logro de los mismos. "Todo hombre —ha dicho, Adam Smith— está por la naturaleza, primaria y principalmente, recomendado a su propio cuidado". El bienestar social y la riqueza nacional tienen su origen en ese cuidado que de sus

propios intereses toman los individuos. Lo que el individuo realiza en su beneficio particular se transforma en beneficio social. El individuo no puede querer para la sociedad nada que no quiera para sí mismo, puesto que es parte de la sociedad. La moral kantiana toma en Adam Smith actitudes prácticas. El individuo, libremente, atenido tan solo a su "deber ser", daba origen al nuevo mundo con sus riquezas y bienestar. El mundo en el que los grandes negociantes, los grandes comerciantes y, poco más tarde, los grandes industriales, eran los benefactores de la sociedad. Negociantes, comerciantes e industriales frente a los cuales no podría haber otra traba que la de su propia conciencia: el hecho de que no podrían querer para la sociedad nada que no quisieran para ellos. Y como para ellos lo que quieren es riqueza y bienestar; la nación entera tendría, como natural consecuencia, esta riqueza y bienestar.

Frente a estos hombres y naciones amantes del progreso estarán, entonces, los hombres y naciones que no se han esforzado o se esfuerzan por alcanzar su propio bienestar y riqueza. Hombres que se consideran a sí mismos como creadores de su propia riqueza y bienestar al mismo tiempo que creadores de la grandeza de su nación, no sentirán simpatía alguna por hombres y naciones que no han hecho de esa riqueza y bienestar material la meta de su existencia, o, que por su propia formación y situación social tropiezan con dificultades para alcanzarlos, como sucede con los pueblos hispanoamericanos. En su marcha ascendente las naciones modernas se tropezarán con pueblos pobres en esos bienes por ellas estimados; pueblos que no les merecerán ninguna consideración, como no se las merecían sus propios individuos cuando no se adaptaban a la marcha del progreso. Esta ideología se hace patente en el liberalismo de que fueron abanderadas las grandes naciones modernas, el Occidente. De él ha dicho Laski lo siguiente al analizar su doctrina: "El Liberalismo siempre ha estado afectado por su tendencia a considerar a los pobres como hombres fracasados por su propia culpa".

Los pobres, pueblos o individuos, tienen, por supuesto, un lugar en la sociedad moderna; pero un lugar especial: el de subordinados. Subordinación que no es otra cosa que el producto de su propia libertad, de su incapacidad para ser algo más que subordinados. Ya Locke, el gran filósofo inglés al que se puede reputar padre del liberalismo moderno, separaba a la sociedad en dos grandes partes: la de los ricos y la de los pobres, señalando a cada una su misión en la sociedad. El filósofo que hablaba de la ciencia como instrumento al servicio del hombre para conquistar la naturaleza, nos dice también

que "los conocimientos y la ciencia en general son privilegio sólo de quienes disponen de medios y tiempo"; esto es, de los que ya poseen los medios o bienes necesarios y, con ellos, el mínimum de ocio que es menester para adquirir la ciencia emancipadora y creadora de la riqueza. Por eso aquellos que poseen los medios y el tiempo que son necesarios para adquirir los conocimientos y la ciencia en general son los hombres destinados al gobierno, a la dirección de una sociedad que alcanzará su bienestar y riqueza en la medida en que ellos los alcancen. A los otros, a los pobres, a los que no han podido escapar a las circunstancias que los limitan, a esos sólo les queda la obediencia piadosa y útil. Lo que se dice para los individuos vale también para los pueblos que no han sabido escapar a su miseria. Y el mundo entero, a excepción hecha de los pueblos que formaron el llamado Mundo Occidental, estaba formado por pueblos que se habían empeñado en mantener otros valores que los considerados como tales por los modernos, o, porque habían llegado demasiado tarde en la carrera hacia el progreso, como los pueblos hispanoamericanos.

*Sobre todos estos pueblos no occidentales mantendrían los pueblos occidentales su derecho a la expansión.* Una expansión que lejos de ser repelida o resistida debería ser aplaudida porque representaba la incorporación de los pueblos no occidentales al mundo moderno. Incorporación en la cual, a la postre, recibirían parte de ese bienestar y riqueza si en la nueva situación mostraban su capacidad para alcanzarlos. De aquí el empeño de los pueblos modernos por ayudar a la emancipación política de los pueblos como los hispanoamericanos frente a la *Metrópoli Española*. El mismo empeño que vemos repetirse en nuestros días con Norte América alentando los esfuerzos de emancipación política de los pueblos del norte de Africa frente a Francia. Por supuesto, una vez alcanzada esta emancipación política, de la capacidad de los pueblos emancipados para adaptarse al orden liberal dependerá su situación en el mismo. Un orden en el cual triunfan los mejores, los más hábiles. Un orden basado en la libre competencia en todos los órdenes. Un orden para el cual no tiene sentido hablar de los impedimentos que para la adaptación al mismo signifiquen la formación en otro que le puede ser antitético, como sucedía con pueblos hispanoamericanos como México. El Mundo Moderno no iba a esperar la readaptación de estos pueblos a las nuevas circunstancias; quiera que no, habían entrado en un orden basado en la libre competencia y tendrían que aceptar las consecuencias de la misma. Gracias a la libre competencia habían surgido naciones poderosas como Inglaterra, Francia y los Estados Unidos; las nuevas naciones hispano-

americanas, una vez rotos los lazos que las mantenían con el pasado, tenían ahora la oportunidad de participar en esa competencia. Eran libres, absolutamente libres, para hacerlo. De ellas, de su capacidad dependía ahora su puesto en el nuevo mundo. Un puesto que tenían que conquistar luchando por sus intereses e imponiendo éstos por encima de intereses que les fueran ajenos. Era este el resorte que había hecho el progreso en el mundo. Las naciones recién emancipadas, por el sólo hecho de su emancipación política, parecían adquirir esa su-puesta igualdad que había sido el punto de partida de los hombres que habían hecho las naciones modernas. Las nuevas naciones hispano-americanas, liberadas del pasado representado por la Metrópoli Española, eran ahora iguales, semejantes, a las grandes naciones modernas. Establecida la igualdad su segundo paso era participar en la competencia que iba a establecer las nuevas y necesarias desigualdades.

Eran estos los mismos puntos de vista, la misma ideología, que las sociedades modernas tenían sobre su propio orden interno. Un orden, ya lo hemos visto, dividido en ricos y pobres. Ricos y pobres, hombres iguales por naturaleza, pero desiguales por su capacidad para acumular riqueza y obtener bienestar. Igualdad ideal que justificaba una desigualdad real. Igualdad ficticia que justificaba los resultados de una competencia desigual. El pobre, el hombre que no pertenecía, ni había pertenecido, a esa clase media que había dado origen a la burguesía que ahora imponía sus puntos de vista al mundo, nada podía hacer con la declaración que le decía que él era igual a todos los hombres, si carecía de medios materiales con que hacer valer esta igualdad frente a los individuos que tenían sobra de ellos. Una igualdad ficticia puesto que en la competencia a que se le sometía no tenía otros medios para luchar que sus propias fuerzas físicas mientras su opositor poseía ya los instrumentos materiales, técnicos, medios de producción, que había acumulado y le habían permitido triunfar sobre las viejas fuerzas representadas por el feudalismo y la Iglesia. Una clase que había podido destruir el viejo orden medieval no estaba, en forma alguna, en relación de igualdad con las clases que no tenían otro bien que su capacidad de trabajar que podía ser contratada o no. En igual forma, los recién emancipados pueblos hispanoamericanos se encontraban en un alto plano de desigualdad material cuando al incorporarse el Mundo Moderno se vieron obligados a participar en una competencia para la cual estaban en desventaja. Pueblos que no poseían otra riqueza que su afán por alcanzarla se veían obligados a competir con pueblos que habían ya acumulado suficientes riquezas. Pueblos que empezaban por reeducarse para adaptarse al mundo moder-

no, tenían que competir con pueblos que habían hecho este mundo. Por ello la competencia, desde sus inicios, tuvo que ser una competencia desigual. Una competencia entre pueblos ricos y pueblos pobres. Entre pueblos que estaban llegando al apogeo de su expansión económica y política y pueblos que aspiraban a seguir los pasos de los primeros. En realidad, la aparición de pueblos como el nuestro, que aspiraban a transformarse en naciones modernas, vinieron a ser un reto para las naciones que ya se habían establecido. Un reto a su incontenible afán de enriquecimiento que podía ser mermado si las nuevas naciones obtenían éxito siguiendo su ejemplo. El Mundo Occidental llevaba, en el siglo XIX, su expansión sobre el mundo a su máximo. En este Mundo no había ya lugar para el enriquecimiento de otras naciones, ni posibilidad de acuerdo ninguno para su reparto. Si las nuevas naciones querían prosperar, no les quedaba otro camino que participar en esa competencia, para la cual, estaban, desde su inicio, perdidas

De otro lado, la incapacidad de nuestras nuevas naciones para entrar en una competencia para la cual carecían de medios, venía a justificar la expansión que sobre ellas se realizase, con argumentos que poco se diferenciaban de los usados para justificar la expansión del Mundo Occidental sobre los pueblos del cercano y lejano Oriente, el Africa y la Oceanía. Ni a México, ni a ninguna de las nuevas naciones independientes se les reconocería el carácter de naciones, con todo lo que la idea de nación implicaba en sus relaciones con otras como lo es la de la soberanía. No, estos pueblos estaban definitivamente al margen de la Modernidad, al margen del Progreso. Su incapacidad para entrar en él por el único camino, el de la competencia, había mostrado su situación marginal. Sólo la acción de las naciones modernas sobre estos pueblos marginales podría lograr su incorporación a la órbita del progreso del cual eran abanderados. Así, en nombre de la libertad y del progreso, en nombre de la civilización, iban a quedar justificados impactos sobre la América Hispana como la intervención de los Estados Unidos en México en 1847 y los numerosos atentados contra la soberanía de los pueblos hispanoamericanos realizados por Inglaterra y Francia en años anteriores y los siguientes. Impacto que habrá de culminar en la gran expansión económica de estas naciones, —del Occidente—, sobre Hispanoamérica.

### III

El enriquecimiento, con cada vez menores trabas, de la clase que había de originar el Capitalismo Moderno sobre las espaldas de las clases más débiles de sus propias naciones, amenazaba con terminar



en un desastre económico, político y social, si no se buscaba una salida a esta explotación. La pobreza de los más débiles amenazaba con detener el crecimiento de la riqueza de los considerados como mejores e, inclusive, con sumirlos en una nueva miseria. Poco o nada se podía sacar de un pueblo cada vez más explotado. La idea de que la búsqueda de la riqueza por sí misma llevaba aparejada el bienestar social fué pronto puesta en duda en los países, como Inglaterra, en los cuales esta idea había sido puesta en práctica. Los trabajadores del campo y de la ciudad empiezan a ver con desconfianza las doctrinas de un grupo que en nombre de un supuesto progreso de la sociedad por el camino de la libre competencia va sumiendo en la miseria a los grupos que no forman parte de esa nueva élite de negociantes y comerciantes. No pueden ver con simpatía a una clase cuya doctrina viene a justificar el sacrificio del consumidor y del obrero para el logro de mayores ganancias que sólo a esa clase aprovechan. Los grupos sociales que no tienen más mercancía que ofrecer que su trabajo, han apoyado la revolución liberal por lo que contiene de libertad teórica y de respeto a la dignidad de la persona; pero no están ya de acuerdo en las consecuencias de una libertad que permite la explotación de unos grupos sociales sobre otros a partir de una igualdad que de hecho no existe. La libre competencia social no era entre iguales, salvo teóricamente, sino entre desiguales económica, política y socialmente. Mientras unos no tenían otra cosa que su trabajo, los otros eran poseedores de los instrumentos de los mismos, de la riqueza para acumularlos y de la protección estatal que los consideraba como benefactores sociales. Laski ha dicho refiriéndose al liberalismo que justificaba esta desigualdad real partiendo de una igualdad ideal, que esta actitud siempre "ha sufrido por su inhabilidad para darse cuenta de que las grandes posesiones significan poder sobre los hombres y mujeres lo mismo que sobre las cosas. Siempre ha rehusado ver cuán poco significado existe en la libertad de contrato cuando está divorciada de la igualdad en la fuerza de negociación". Por ello, casi desde los inicios del surgimiento de la burguesía occidental, los grupos más débiles iniciaron su oposición a un tipo de libertad e igualdad que tan sólo iba en contra de sus ya raquíticos intereses.

La Revolución Industrial iniciada en el siglo XVIII en Inglaterra vino a representar uno de los mayores impulsos dados a la ascendente marcha de la burguesía occidental. La Revolución Industrial significó mayor producción y, con ella, mayores ganancias. Sin embargo, en sus inicios, en la experiencia que se hizo en Inglaterra en la primera mitad del siglo XIX, sus resultados aparecieron como negativos. Lejos

de llevar el bienestar social y el enriquecimiento nacional, sólo llevó la desocupación y, con ella, la miseria. Como señala Fritz Sternberg en su libro *¿Capitalismo o Socialismo?* esto se debió a que la expansión de la burguesía en la forma por ella originada, el Capitalismo, se realizó sobre los propios nacionales. Fueron las clases más débiles de Inglaterra las que se vieron forzadas a pagar el precio que significaba la industrialización y formación de capitales. “Esta expansión —dice Sternberg— se hizo principalmente a expensas de las formas precapitalistas de producción en el interior del país. El resultado fué una crisis que amenazó con frenar la marcha del mismo capitalismo que la había originado. Una masa con una mayoría de desocupados y empobrecida no podía ser un buen mercado para los productos alcanzados por esa industrialización del país. Por ello Inglaterra buscó la salida exterior. Esta salida se la dieron sus colonias, las que le abastecían de materias primas y, que ahora, iban a servir también de mercados para dar salida a sus productos. Los hombres de estos pueblos iban a cargar ahora con el precio que era menester pagar para lograr la grandeza y enriquecimiento de la nación inglesa. El bienestar económico y social ofrecido a los miembros de esta nación iba a ser posible apoyándolos en los sacrificios que para el logro de los mismos iban a ser impuestos a los pueblos de Asia, Africa y otras regiones del mundo. Pronto Francia y los Estados Unidos seguirían esta útil práctica que iba a permitir la etapa de prosperidad que se hizo patente en los pueblos occidentales en la segunda mitad del siglo XIX. Esa prosperidad anhelada también por las naciones nuevas como la nuestra y que se hace patente en la acción de nuestros liberales.

La expansión del Capitalismo Occidental se amplió a las naciones que, siguiendo su ejemplo, trataban de surgir pero carecían de instrumental industrial. “En países como la Gran Bretaña —dice Sternberg—, donde estaba ya bien desarrollado, la destrucción de las formas precapitalistas se realizó rápidamente, de modo que el capitalismo no tardó en ser la única forma prevaeciente de producción, en tanto que en los países donde su desarrollo había sido tardío, por ejemplo, en las naciones europeas, en particular en las de Europa occidental y central, llegó rápidamente a serlo. Esto es válido sobre todo en lo que se refiere a Alemania”. “Hacia el año 1850, el capitalismo penetró en países que apenas si habían desarrollado su industria, pero que, al paso que creaban sus sistemas capitalistas, conservaban su independencia política, por ejemplo, Rusia y el Japón”. “Penetró asimismo en zonas incapaces de conservar su independencia política y que se convirtieron en colonias de las potencias imperialistas (princi-

palmente europeas), por ejemplo, en amplias regiones de Asia y África. Así en esas regiones, los intereses de las "madres patrias" capitalistas decidieron la conveniencia de ese desarrollo y el grado mismo". "Por aquel entonces, el capitalismo se había desarrollado también en zonas escasamente pobladas, en particular en los Estados Unidos, pero también en el Canadá y en otras colonias "blancas"; es decir, en países en que no era preciso destruir considerables vestigios feudales y pre-capitalistas para que se estableciera el nuevo sistema". A lo presentado por Sternberg habrá que agregar los países hispanoamericanos y el Brasil. En los primeros, una vez rota la unidad y dependencia política de los mismos con el Imperio Español, se inició la penetración económica sobre estos países hasta subordinarlos a los intereses de los países que se fueron convirtiendo en cabezas del Imperio capitalista.

La expansión del Capitalismo Occidental sobre el mundo no occidental, detuvo el peligro que se hizo patente en las primeras etapas de su crecimiento en Inglaterra. Este crecimiento no iba ya a realizarse a costa de los propios nacionales, otros pueblos pagarían el costo del mismo. La prosperidad profetizada iba a ser un hecho, pero no para todos los pueblos del mundo; tan sólo para un grupo privilegiado de ellos y, dentro de ellos mismos, a un grupo relativamente amplio de los miembros de las naciones que habían originado las nuevas formas de vida económica, política y social. El Capitalismo representó un gran progreso para los países de que era originario, no así para los pueblos que sufrieron su impacto y pagaron la llamada gran prosperidad a que se decía estaba llegando el mundo. "Todo este indiscutible progreso económico del capitalismo es sólo un aspecto de la situación —sigue diciendo Sternberg—, dado que el progreso no se llevó a cabo de un modo uniforme en el mundo entero. Por el contrario, frente al prodigioso progreso de los centros capitalistas —de aquellos a los que se suele llamar "*madres patrias*", aunque su papel diste mucho de ser "*maternal*"— fué muy poco lo que adelantaron, cuando no entraron en decadencia, los países que los primeros habían convertido en sus colonias o que dependían, más o menos, de sus decisiones desde el punto de vista político, económico y financiero". "El progreso capitalista provocó un aumento considerable de los ingresos nacionales de los centros capitalistas, pero ni de lejos uno que se les aproximara en los países coloniales y semicoloniales, ni siquiera un mejoramiento iniciado en este caso, a un nivel mucho más bajo. Por el contrario, la diferencia entre los centros capitalistas metropolitanos y sus dependencias coloniales y semicoloniales aumentó de una manera considerable". A esta desigualdad se le dieron diversas justificaciones; en-

tre otras, como veremos más adelante, las raciales. Lo cierto es que el Capitalismo basó su propia prosperidad en la miseria de otros pueblos que no podrían minarla, como sucedía apoyándose en la explotación de sus propios pueblos. "La velocidad del progreso imperialista del capitalismo —agrega Sternberg— se basó, hasta cierto punto, en la explotación de los pueblos coloniales y semicoloniales y, por consiguiente, la desproporción entre el nivel de vida de ambos grupos se acentuó más aún". Pero hay más, esta acentuación de diferencias en el nivel de vida entre, metrópolis y colonias o semicolonias se convirtió en un programa racional, consciente: la prosperidad de unos dependería siempre de la incapacidad de los otros para vencer su miseria. Por ello los pueblos del Mundo Occidental, se opusieron, con todos los medios a su alcance, a la incorporación de otros pueblos a ese mundo de prosperidad de que se decían autores; no aceptaron a otros pueblos dentro de su orden en otra situación que no fuese la de explotados. Por ello señala también Sternberg que "el desarrollo capitalista de los centros metropolitanos se aceleró, en parte, gracias a que se impidió el desarrollo industrial de los países coloniales, o a que se le hizo deliberadamente más lento cuando no se le pudo impedir del todo". Así, fué como se impidió a otros pueblos no occidentales la igualdad, de la cual se decía campeón el Occidente, para poder participar en un orden basado en la llamada libre competencia.

Para entorpecer la incorporación de los pueblos no occidentales en otro plano que no fuese el de subordinados, los representantes del Capitalismo Occidental no tuvieron empacho en establecer alianzas con lo que llama Sternberg representantes del feudalismo de los países coloniales o semicoloniales. "Les fué necesario a los imperialistas —dice Sternberg— buscar entre la población colonial aliados en quienes pudieran confiar. Como la única esfera social en que podían encontrar dichos aliados eran las antiguas clases feudales gobernantes, el imperialismo comenzó a prestarles su apoyo y, en los lugares en que se había iniciado su decadencia, fomentó inclusive su resurrección". De esta forma las mismas fuerzas contra las cuales había combatido el mundo moderno se transformaron en aliados de sus exponentes para evitar el reparto de una prosperidad y bienestar que era menester monopolizar. "Esta alianza —dice Sternberg— tuvo ciertos resultados económicos importantes: retardó considerablemente el desarrollo industrial y económico en general en los imperios coloniales". De esta manera, los países que representaban la modernidad lejos de apoyar a los pueblos que trataban de incorporarse a ella se aliaron con los opositores criollos de esta incorporación. Las viejas fuerzas enemigas del

progreso que fueron vencidas en el Occidente, fueron estimuladas por éste en otros pueblos donde habían desaparecido o se encontraban en trance de serlo. Caciques y tiranuelos fueron apoyados en Asia, África y la América Latina. En México, los grupos conservadores, enemigos del progreso liberal, buscaron su apoyo y lo buscaron en pueblos que se presentan, a sí mismos, como abanderados de todas las libertades y progresos. El Occidente buscaba así el ahorro del sufrimiento de sus nacionales en la llamada marcha hacia el progreso, haciendo que pagasen por ellos otros pueblos del mundo. Por ello Nehru ha podido decir: "El costo en sufrimiento humano se pagó. . . y lo pagaron plenamente otros, en particular el pueblo de la India, tanto con el hambre y la muerte, como con una extensa desocupación. Puede decirse que gran parte de los costos de la transición al industrialismo en la Europa occidental fueron pagados por la India, por China y por otros países coloniales, cuya economía era dominada por potencias europeas".

#### IV

¿Pero había alguna filosofía para justificar esta expansión y el sacrificio a que se sometía a los pueblos no occidentales para el logro del llamado progreso y prosperidad del Mundo? Sí, desde luego, esa filosofía de la cual hemos hecho ya un anticipo. Esa filosofía que partiendo de la idea de la igualdad de todos los hombres afirmaba a continuación la más difícil de vencer de las desigualdades. Todos los hombres son iguales por el ingenio o la razón. había dicho el padre de la Modernidad, Renato Descartes; pero diversos por una serie de circunstancias accidentales, ajenas a esa esencia del hombre. Pues bien, va a ser lo accidental, lo que debería ser circunstancial, lo que determina la desigualdad a pesar de esa esencia de lo humano. Todos los hombres son iguales, semejantes; pero, resultaba que algunos se habían formado en un país y no en otro, dentro de un ámbito cultural y no en otra; habían sido educados por un determinado o determinados maestros y no por éste o estos otros. Estos ya planteaban dificultades graves: no era fácil que hombres educados en un determinado modo de vida pasasen rápidamente a otro que les era ajeno. Tal era nuestro caso, así lo vieron nuestros liberales. Sin embargo, era esta una cuestión de educación que podía ser resuelta a pesar de las dificultades.

Pero más grave que esto era el haberse encontrado con un cuerpo físico y no otro. El que a ese ingenio o razón en lugar de habitar en un cuerpo blanco, de pelo rubio y ojos azules, le hubiese tocado la desgracia de habitar en un cuerpo negro, moreno, cobrizo o amarillo de

pelo y ojos distintos a los de los blancos. Esto era, desde luego, un accidente; algo ajeno a ese ingenio o razón que hacía iguales a todos los hombres; pero un accidente mortal. Porque ese ingenio o razón nada podía hacer dentro de un cuerpo que no llenaba las cualidades de los cuerpos de los hombres que habían inventado las nuevas técnicas y habían logrado expandirse por el mundo. La desigualdad se presentaba así dentro de un determinismo ineludible. La realidad había demostrado que había razas superiores e inferiores. Esta superioridad se había hecho patente en los resultados de la lucha en ese campo de lo que llamaban libre competencia. Los pueblos que habían sufrido el impacto de los pueblos occidentales no habían podido resistirlo. La superioridad de los occidentales se había hecho inmediatamente patente.

Pero había más, ni siquiera el ejemplo, ahora dado en sus propias tierras por los invasores había ayudado a transformarlos. Poco o ningún interés habían mostrado estos pueblos por adaptarse al nuevo mundo. En los Estados Unidos los naturales se negaban a dar paso libre a las caravanas y a los ferrocarriles empecinándose en vivir de la caza dentro de una llanura que no era de nadie en particular. Las tribus africanas oponían semejante oposición al avance del blanco y su progreso, dentro del cual les tocaba el papel de esclavo. Lo mismo sucedía en la India, China, los países árabes y todos los pueblos que no entendían el nuevo modo de vida con sus implicaciones expansivas. Los puertos de Japón y China habían sido obligados a abrir sus puertas a cañonazos para hacerlos recibir los productos elaborados por las naciones modernas y obligarlos a vender las materias que necesitaban para la elaboración de otros. Así, esta incapacidad para comprender otros modos de vida que no eran los suyos, estas resistencias a formar parte de un orden que no era el suyo y en un puesto que no habían elegido, debían tener su origen en algo más que diferencias culturales. Debía tener su origen en una incapacidad física, natural, biológica. Algo tendría que ver con ello el color de su piel, los rasgos de su rostro; algo frente a lo cual carecía de sentido esa supuesta igualdad de todos los hombres.

Por ello, la filosofía del liberalismo que habla de libre competencia entre semejantes, se transforma, poco a poco, en esa filosofía de la cual fué exponente el positivismo y en forma más concreta el darwinismo. La libre competencia se transforma en lucha por la vida, el más hábil es el más fuerte, lo mismo en el reino animal que en el del hombre, que no es sino un animal evolucionado. Era dentro de ese diverso grado de evolución del animal hasta el hombre donde se podía llegar

*debe ser el Darwinismo Social.*

a explicar las diferencias entre los hombres. Los hombres son *iguales*, pero *distintos*; y lo predominante va a ser aquí la distinción basada en elementos físicos. Distinción que acabará por negar a otros hombres que no posean los rasgos propios del colonizador el carácter mismo de hombres, con lo cual queda resuelto el problema moral que podría implicar la imposición de una desigualdad entre iguales.

La desigualdad racial llevará a la negación de la humanidad de los unos por los otros. Esos seres tan desemejantes por la piel, sus hábitos y costumbres, deberán ser otra cosa que hombres. Simplemente cosas, objetos de dominio como lo son los objetos que forman el mundo natural que va a ser objeto de explotación. "Cuando nosotros los occidentales —dice Arnold Toynbec— llamamos a ciertas gentes *indígenas* borramos implícitamente el color natural de nuestras percepciones de ellos. Son para nosotros algo así como árboles que caminaran, o como animales selváticos que infestaran el país en el que nos ha tocado toparnos con ellos. De hecho los vemos como parte de la flora y fauna local, y no como hombres con pasiones parejas a las nuestras; y, viéndolos así como cosa infra-humana, nos sentimos con título para tratarlos como si no poseyeran los derechos humanos usuales. Son meramente *indígenas* de las tierras que ocupan, y ningún período de ocupación puede ser suficientemente largo como para hacerlos dueños de ellas por prescripción adquisitiva alguna. Su tenencia es tan provisional y precaria como la de los árboles de la selva que el *pionero* occidental derriba o la de las piezas de caza mayor sobre las que dispara. ¿Y cómo tratarán los *civilizados* señores de la creación a las piezas humanas cuando a su debido tiempo acudan a tomar posesión de la tierra que, por derecho de dominio eminente, es irrevocablemente suya? Tratarán a estos *indígenas* como sabandijas por exterminarse, o como animales domesticables a los que convertirán en cortadores de leña y acarreadores de agua?... "Todo está implícito en la palabra *indígenas*... —sigue diciendo Toynbee—. El vocablo no es evidentemente término científico sino instrumento de acción; justificación *a priori* de un plan de campaña... En suma, la palabra *indígena* es un vidrio ahumado que los observadores occidentales contemporáneos se colocan ante los ojos cuando miran hacia el resto del mundo, a fin de que el halagador espectáculo de una superficie occidentalizada no vaya a ser turbado por percepción alguna de los fuegos *indígenas* que todavía arden bajo ella".

En efecto, en adelante todo estará justificado moralmente. La filosofía que habla de la igualdad de todos los hombres no ha sido alterada. Los hombres siguen siendo iguales, dueños de todos los de-

rechos. La desigualdad no existe entre hombres, sino entre hombres y cosas. Y esto es lo que vienen a ser los habitantes de las tierras que ahora están bajo el dominio de los occidentales: objetos, cosas, de dominio como se domina o debe dominarse el resto de la naturaleza. Una naturaleza que debe estar al servicio del hombre; por ello el indígena debe ser el servidor de los hombres que lo han descubierto y conquistado. Nada ni nadie puede cambiar esta situación que ha sido el resultado de la misma evolución de la naturaleza o de un designio divino.

## V

Pero, ¿y qué pasa respecto a las relaciones de pueblos latinos, como el nuestro, con los pueblos representantes del progreso moderno? También frente a los pueblos latinos se adelanta, en el siglo XIX, una teoría racial de acuerdo con la cual son los pueblos germanos o sajones los que han hecho posible el progreso, al contrario de los pueblos latinos cuya naturaleza los hace inhábiles para el logro de técnicas de convivencia liberal y de dominio de la naturaleza. Son los pueblos anglo-sajones los que han hecho posibles las instituciones políticas liberales y los que han descubierto las técnicas que han hecho posible la revolución industrial. La libertad y el confort material son obras de pueblos de raza sajona. Y es esta una idea que ingleses y norteamericanos se preocupan por difundir. Los primeros para justificar sus incursiones sobre los mares y territorios que desde el siglo XVI formaban parte de los Imperios Español y Portugués; los segundos para justificar su expansión en el siglo XIX sobre las nacientes repúblicas iberoamericanas. España y Portugal, países latinos, han sido los principales opositores a la marcha de la modernidad, a la marcha del progreso. Países católicos, papistas, que se niegan a reconocer los derechos de las nuevas naciones a comerciar con todos los pueblos del mundo. Países enemigos de la libertad de comercio, de los mares y de todas las libertades. La inhabilidad de estos pueblos para adoptar y comprender los valores que ha descubierto la Modernidad, debe tener su origen en la raza a que pertenecen. Existen otros países latinos, como Francia e Italia, que no son tampoco una excepción a la regla. La primera, a pesar de todos los esfuerzos que ha realizado por ser una nación moderna, no ha podido evitar la formación de gobiernos despóticos que son lo opuesto al gobierno liberal sostenido por los anglosajones. Allí está Napoleón I que ha hecho de la idea de libertad un instrumento al servicio de su afán por crear un imperialismo basado en el despotismo que niega todas las libertades. Frente a este despo-



tismo en el Continente se han alzado los ingleses en el siglo XIX como se alzaron en el siglo XVI contra otro despotismo continental, el representado por la España de Felipe II. En cuanto a la Italia, difícilmente van triunfando las ideas liberales en su lucha contra los intereses feudales que no permiten en el siglo XIX su unidad como nación. Los Estados Unidos de Norte América, por su lado, muestran cómo se debaten los pueblos hispanoamericanos por el logro de instituciones liberales que ellos, por su parte, han logrado en una forma casi natural. Allí los países hispanoamericanos divididos una vez alcanzada su emancipación política frente a España; empeñados en guerras sin cuartel respecto a la forma de organización política que deberán adoptar sus naciones. Una guerra cruel y sangrienta entre los que están empeñados en mantener el viejo despotismo español y los que se empeñan en implantar repúblicas liberales modernas.

Pueblos, además, inhábiles para vencer su naturaleza como lo han hecho los sajones, para arrancarles sus frutos. Pueblos que, no conformes con estas trabas propias de su raza, han sumado a ellas las de pueblos de raza aun más inferior con los cuales se han mezclado, al contrario de los pueblos anglosajones que se han cuidado de no contaminarse. Hispanos y portugueses, sin prevención alguna, se mezclaron con las razas autóctonas de América y con la raza negra cuyos individuos fueron traídos a la América para servir en los trabajos que no soportaban los indígenas. De esta mezcla ha resultado una raza aun más inferior que la latina. Una raza híbrida, mestiza, aun menos hábil que la latina para incorporarse al progreso. Los anglosajones se encargan, también, de divulgar sus teorías sobre la inferioridad de las razas híbridas o mestizas. Teorías, como denuncia el liberal chileno José Victorino Lastarria, que no tienen otro fin que subordinar a estos pueblos a los intereses de los representantes de las razas que se dicen superiores. Lo que se ha querido con este absurdo de la inferioridad de las razas latinas o mestizas, dice Lastarria, es anular nuestra personalidad en favor de un poder que haga inútiles todos los esfuerzos que hemos realizado por alcanzar la libertad y el respeto a nuestros derechos.

Desgraciadamente no todos los liberales en la América Latina ven el peligro de esta interpretación de origen germánico y sajón. Está teoría respecto a la inferioridad de la raza latina y el mestizaje, es aceptada como una buena explicación que muchos de nuestros liberales dan frente a las dificultades con que han tropezado en su afán por hacer de nuestros pueblos naciones modernas. Aceptan ser la índole de la raza latina la que impide la pronta modernización de nuestros

pueblos. Quizá pocos liberales hispanoamericanos ha habido con tanta rudeza sobre la inferioridad de la raza que ha poblado la América del Sur como Domingo F. Sarmiento, aceptando los puntos de vista anglosajones. En América, dice Sarmiento, "iba a verse lo que produciría una mezcla de españoles puros, de elementos europeos, con una porción de raza negra, diluido el todo en una enorme masa de indígenas, hombres prehistóricos, de corta inteligencia". Una raza española, latina, con un cerebro ya disminuído por sus hábitos para obedecer en lugar de actuar por propia cuenta. Un cerebro atrofiado "por falta de uso". De esta mezcla, agrega Sarmiento, surgieron los pueblos hispanoamericanos, por lo que es de temer, dice, que estos tengan el cerebro más reducido que "los españoles peninsulares a causa de la mezcla de razas que lo tienen conocidamente más pequeño que las razas europeas". Frente a Hispanoamérica está Norte América poblada por anglosajones. Ahora bien, "Los anglosajones —dice Sarmiento— no admitieron a las razas indígenas ni como socios, ni como siervos en su constitución social". Esta fué la base del éxito de este pueblo, a diferencia de la colonización española, la cual se hizo como "un monopolio de su propia raza, que aun no salía de la Edad Media al trasladarse a América y... absorbió en su sangre una raza prehistórica servil." Estas ideas, respecto a la inferioridad de la raza latina, o respecto a la inferioridad de los pueblos mestizos como los iberoamericanos serán mantenidas con mayor o menor vigor por la casi totalidad de los líderes del liberalismo en Iberoamérica, que buscarán en sus orígenes raciales o culturales la causa de su atraso respecto a los países anglosajones, más concretamente aún, respecto a Norte América.

Por lo que se refiere a México en particular, el impacto de la guerra con los Estados Unidos en 1847 hará que, primero nuestros liberales, luego nuestros positivistas y, aun los nuevos liberales que preparan la Revolución de 1910, hablen de la inferioridad de la raza latina respecto a los anglosajones y ven en esta inferioridad la causa de nuestra derrota y el peligro de que seamos absorbidos por el "Coloso del Norte", si no somos capaces de adoptar las cualidades de la raza sajona. Sin embargo, los mexicanos, a diferencia de los nacionales de otros países de Hispanoamérica, no aceptan la tesis de la inferioridad de los pueblos mestizos. Nuestros liberales en general se sienten orgullosos de su mestizaje racial y cultural, el cual, lejos de considerarlo como un obstáculo para su afán de incorporación en el progreso, lo consideran como un resorte que ha de estimular esta incorporación. La rémora, el obstáculo, lo representa la herencia española,

la herencia latina pura. Los representantes más puros de esta herencia son los criollos; los hombres que se empeñan en mantener el orden despótico heredado de España: los conservadores. Frente a ellos están los mestizos, sangre nueva, revolucionaria, los hombres que quieren incorporar a México a la ruta del progreso: los liberales. La mejor expresión de este liberalismo orgulloso de su mestizaje, a diferencia de lo que en sentido opuesto representó el liberalismo del argentino Sarmiento, es Justo Sierra, que hace del mestizo el motor de la historia de México en su marcha hacia el progreso.

Pues bien, este era el Mundo dentro del cual tratarán nuestros liberales, en el siglo pasado, de actuar para incorporarse a la Modernidad. Fueron estas las ideas frente a las cuales reaccionaron buscando la justificación de sus propios anhelos por alcanzar un lugar en un mundo en el que la libertad y el bienestar material eran posibles. Para el logro de estos anhelos se vieron obligados a luchar contra sí mismos, contra el mundo en que habían sido formados y contra el mismo mundo que les servía de modelo, de estímulo, el Mundo Occidental.